

La siempre fiel isla de Cuba. La realidad del cambio

CUBA es noticia recurrente entre todas las naciones de la América hispana, por hallarse en una situación política tan deteriorada que parece poder estallar de un momento a otro. Abandonado ya el discurso socialista, Castro sigue recurriendo al patriótico para aglutinar al pueblo y mantenerse en el poder. Pero ni los cambios ni las reformas proclamadas últimamente por el tambaleante régimen castrista parecen tener fuerza suficiente para apuntalarlo. Según la autora de este artículo, la insostenible realidad económica y social cubana se impondrá pronto sobre la propaganda política.

Silvia Caunedo *

ESPAÑA la denominó «La siempre fiel» por su permanencia como colonia, cuando más de medio siglo antes ya se había independizado todo el continente iberoamericano. Hoy, las circunstancias se repiten: Cuba llega con retraso a la historia o no parece querer sacudirse su letargo a tiempo.

* Historiadora y periodista cubana.

Una revolución la convirtió —al decir de sus líderes— en el «Primer territorio libre de América», y el «Primer país socialista del continente». Ahora, tres decenios después, es el último baluarte del comunismo, una isla empobrecida y paralizada, con una estructura de poder obsoleta y a la deriva impuesta a una sociedad desesperada.

Mientras existió la Unión Soviética, el Gobierno castrista vivió de espaldas a la realidad, sin interesarse por buscar otra fuente de financiación que no fuera la exportación de los productos tradicionales. La dinámica del proceso revolucionario se vio convulsionada brutalmente en sus mismos cimientos en un corto período. Externamente, a consecuencia del derrumbe del socialismo en Europa del Este, la invasión norteamericana a Panamá y la derrota electoral del sandinismo. Internamente, debido al fusilamiento de los oficiales acusados de narcotráfico, que restó credibilidad al discurso gubernamental y a las continuas crisis de los refugiados en las embajadas (julio de 1990 y la más reciente en mayo de 1994) o las constantes salidas de balseros rumbo a las costas de la Florida.

Con el hundimiento de la URSS salen a flote todos los males de la economía cubana y las raíces de su crisis que se remontan a los mismos inicios de la revolución y el sistema adoptado para regir el país, sólo viable mediante los subsidios soviéticos. La necesidad del cambio se ha hecho evidente, aunque las excusas y coartadas de la dirigencia castrista no han faltado. Hasta han llegado a proclamar un cambio, pero excluyen a los únicos protagonistas posibles: el pueblo.

La primera reacción de «cambio» fue en 1986 con el anuncio de un «plan de austeridad», que incluía treinta medidas para reducir el consumo interno, conseguir el equilibrio financiero doméstico y salvar el intercambio con el exterior. Entre estas medidas se dispuso la reducción de las cuotas de provisión de leche, carne, arroz, textiles, azúcar y gasolina destinadas a la población; se aumentaron las tarifas eléctricas, los billetes de autobús, los precios en el mercado paralelo y se redujeron las comidas en los colegios, instituciones estatales y centros de asistencia.

La nueva política no significaba simplemente una serie de medidas aisladas, sino era la forma de cubrir la estrategia de crear un nuevo modelo de acumulación, es decir la búsqueda de la transición de una economía de consumo orientada hacia el interior, que había sido el modelo predominante hasta la década de los setenta y la primera mitad de los ochenta, a una economía de exportación orientada hacia el exterior. Con este objetivo surgió un elemento cada vez más definitorio en la economía cubana:

las corporaciones, controladas siempre por funcionarios del Ministerio del Interior.

El intento de Castro se basaba en las exportaciones con la introducción de las técnicas de mercado paralelas a la planificación centralizada, una propaganda de austeridad y la reiteración de un pasado revolucionario que le permitiera evitar la desarticulación de su estructura de poder. Esto se lograría mediante las inversiones extranjeras sobre todo en el área del turismo y la combinación de las exportaciones de productos farmacéuticos y biotecnológicos, minería y la tradicional industria azucarera.

Es evidente que se pasaba por alto la necesidad de toda una reestructuración, al menos de los sectores más importantes de la economía. Esta teoría tampoco podía contar con un sector privado medio, en realidad inexistente, de mercados y de un mecanismo de precios racional, el atraso de la economía respecto a los cambios tecnológicos o el sistema burocratizado y centralizado de la producción. Internamente, el gobierno cubano esperaba paliar el desabastecimiento de productos alimenticios para la población con un «plan alimentario». Este plan consistía en la movilización masiva de trabajadores de las ciudades hacia las labores agrícolas.

Junto al «plan de austeridad» se hizo público un llamado «Período de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas». Los nuevos sacrificios económicos no iban acompañados de una mayor apertura política, por lo que era necesario evitar las posibles respuestas públicas y el consiguiente debilitamiento de la autoridad del gobierno.

Por ello se lanzó una campaña de moralización para garantizar ante los ojos del pueblo la legalidad del Estado en tanto se ponían en práctica políticas económicas impopulares. En gran medida Castro, para mantener el régimen, dependía del apoyo popular. Con las medidas de ajuste y austeridad se iba a provocar un rápido descontento. Castro por ello adoptó ciertas prácticas populistas: ataque a los acaparadores, los agentes del mercado negro y burócratas enriquecidos. Se instrumentó una campaña de anticorrupción contra los altos funcionarios. Pero se hizo de manera selectiva que logró canalizar la irritación popular y despertó la ilusión de la renovación del igualitarismo socialista. Debido a esto se eliminó el mercado libre campesino, las ventas libres de artesanos y la construcción de viviendas propias.

La «campaña de rectificación» fue acrecentándose a medida que la crisis se hacía más honda. La ilusión de «apertura» fue dirigida al fortalecimiento de la política del Estado al presentar objetivos específicos para la

censura, sin cuestionar por supuesto las estructuras gubernamentales por las que los funcionarios recurrían a estas prácticas censurables. Por ejemplo, el juicio del general Arnaldo Ochoa, los hermanos De la Guardia y un grupo de militares de alta graduación en 1989, acusados de narcotráfico, sirvió para exponer públicamente el comportamiento simbólico de enriquecimiento practicado por los sectores intermedios del poder.

A pesar de todo y como era su objetivo, las estructuras del estado socialista quedaron intactas. Las manifestaciones populares para atacar las esferas intermedias de la elite del poder se convirtieron en la base para que el gobierno volviera a ser legitimado, y saliera reforzado en una especie de alianza de los de arriba y los de abajo contra los del medio, al mismo tiempo que se neutralizaba el potencial del descontento a gran escala.

El otro blanco de los ataques castristas fue la desaparecida Unión Soviética, esta vez como la gran culpable de la situación actual, puesto que para el gobierno las crisis vienen siempre por causas externas ajenas a su gestión política.

Paralelamente, el discurso gubernamental se perfiló, ahora de manera más evidente, hacia la justificación de la inercia y el fracaso de un modelo económico, y se formuló una solución a largo plazo: la paralización total del país para mantener el sistema político y las instituciones intactas, concebidas al decir del propio Castro, como una herencia divina, : «Este es el pueblo al que el destino ha dado el privilegio de ser abanderado de las ideas más nobles y dignas que ha concebido la humanidad. Todo el mundo nos mira y se pregunta si seremos capaces de resistir. ¡Sí! Vamos a defender el sistema comunista hasta la última gota de sangre. En esta pequeña isla se están jugando los destinos del movimiento revolucionario del mundo entero».

El IV Congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado el 10 de octubre de 1991, fue el colofón de esta apología. Durante algún tiempo pareció que se abriría un espacio a la crítica y a la presentación de alternativas. Pero, pronto quedó claro que el régimen lo que perseguía era recrear otra imagen de apertura sin apertura. Un año antes de esta celebración se convocaron por primera vez asambleas abiertas en las que los trabajadores podían expresar libremente sus críticas y posibles soluciones. Una de las constantes en estas reuniones fue la petición de la creación de un mercado libre campesino y la liberalización de la pequeña empresa. Al final esta catarsis de ilusión de cambio producida por el gobierno no

llegaría a ningún lugar. Todas las propuestas fueron desechadas y el Congreso acabó con dos únicos planteamientos: permitir la entrada de los cristianos en las filas del Partido Comunista y el anuncio de una tímida reforma en la Asamblea del Poder Popular, el parlamento cubano.

El discurso de clausura de Fidel Castro acabó una vez más con un grito de muerte: «Jamás tuvimos pretensiones de tan extraordinarios honores, jamás tuvimos tan grandiosas ilusiones, pero la historia y la vida nos las impusieron, y sabremos cumplirlas».

«Somos invencibles. Porque si tenemos que morir todos los miembros del Buró Político, imoriemos todos los miembros del Buró Político, y no por eso seremos más débiles! Si tenemos que morir todos los miembros del Comité Central, imoriemos todos los miembros del Comité Central, y no por ello seremos más débiles! Si tenemos que morir todos los delegados al Congreso, imoriemos todos los delegados al Congreso, y no por ello seremos más débiles! Si tenemos que morir todos los militantes del Partido, imoriemos todos los militantes del Partido, y no por ello nos debilitaremos! Si tenemos que morir todos los militantes de la Juventud, imoriemos todos los militantes de la Juventud!»

1992 representó el fracaso de la campaña de «rectificación» y sus efectos no tardaron en manifestarse. En los dos primeros años la productividad del trabajo disminuyó de 1,6 por 100 a 4,8 por 100 y el producto social global cayó de 1,2 por 100 en 1986 a -3,8 por 100 en 1987. Sin embargo la crisis paralizadora ocurrió después de la desintegración de la Unión Soviética, entre 1991 y 1992, cuando el nivel de importaciones bajó de 8.139 a 2.236 millones de dólares. El comercio exterior, por su parte, descendió a 4.300 millones, es decir un 72 por 100 y un año después llegó a un 78 por 100 menos que en 1985. Al desabastecimiento ya crónico se sumó la realidad de que las movilizaciones en el campo, la política de austeridad y el orgullo de ser abanderados del comunismo en el mundo eran poco eficaces ante la precaria situación y la necesidad de poner en funcionamiento, por primera vez, una economía en desuso.

En abril de ese año, Castro lamentó públicamente el incumplimiento del «plan alimentario», aunque como de costumbre culpó de ello a la falta de recursos. El tiempo de la transición se había agotado con una estrategia que no por retardar la reforma económica y política podía enmascarar la dramática crisis.

Reformas a la cubana

EL final de la rectificación lo marcó la proclamación de un «Período Especial para Tiempo de Paz», que abarcó la última etapa de 1992 y la primera de 1993. Esto significó la total bancarrota de la sociedad y el evidente divorcio del entusiasmo ideológico del Estado con el de la sociedad.

Sucedió lo inevitable: el fracaso de todos los sueños de Castro de mantenerse en el poder sin ninguna reforma. Fracasó el intento de atraer inversionistas extranjeros a gran escala que resolvieran la situación, la industria biotecnológica, el proyecto de vender vacunas y productos relacionados con la salud o de encontrar el remedio que acabara con el SIDA y le inmortalizara. Fracasó el plan alimentario que iba a abastecer a toda la población y el negocio del turismo no pudo salvar la economía. Es decir, fracasó el intento de financiar un modelo económico inoperante.

La urgencia de una reforma se hizo visible, ahora con especial interés en la creación de las corporaciones y en fomentar una economía capitalista a medias, donde el estado se asociaría a los inversionistas extranjeros al margen de la población.

Con la nueva política se articuló otro discurso, sobre todo hacia el exterior, que promoviera un cambio de imagen: «la apertura». En 1993 se anunció una gran remodelación en la Asamblea del Poder Popular, que consistió en la elección de diputados al poder legislativo provincial y nacional por medio del voto directo y secreto. Aunque se reforzó mucho más el control sobre las elecciones para evitar la aparición de líderes independientes. En este sentido se crearon las «Comisiones de Candidatura» integradas por Consejos Municipales, las organizaciones de masas y el Partido Comunista local. Estas comisiones fueron las que en realidad crearon las nóminas de candidatura a las asambleas.

La primera ronda de elecciones, realizadas a nivel municipal el 20 de diciembre de 1992 transcurrieron en calma, al menos aparentemente, porque no ocurrió igual con lo que desencadenaron. Según fuentes no oficiales de la isla, el tanto por ciento de población que se abstuvo o invalidó las papeletas pudo rondar el 50 por 100. Es evidente que los resultados sorprendieron al gobierno muy desfavorablemente, porque la reacción con respecto a las elecciones provinciales celebradas el 24 de

febrero del año siguiente, fue visible, tratando de reconducir los resultados de la anterior.

En las elecciones provinciales se volcó el instrumental policial hacia los colegios electorales donde antes se marcaron el mayor número de votos nulos o disidentes. Una vez más se sacó a relucir la dicotomía que no le da opción a los cubanos de «Patria o imperialismo»; «revolución o contrarrevolución»; «resistir o claudicar»; «Cuba o Miami».

El mismo Fidel Castro dijo: «Los que quieren que Cuba se convierta en una colonia yanqui se abstendrán o anularán las papeletas o no votarán por los cuadros más destacados de la Revolución». Se hizo una campaña promoviendo el voto de todos los candidatos en bloque que era lo que «convenía a la patria» y puesto en la papeleta de la forma más cómoda, con una sola cruz, mientras que se hacía engorroso votar dividido uno por uno.

Para «enseñar a votar al pueblo» se entrenaron miles de personas que recorrieron la isla casa por casa. Por supuesto que las listas para elegir a los 589 diputados a la Asamblea Nacional y a los 1.140 representantes de las 14 asambleas provinciales fueron debidamente pulidas por el Partido Comunista y se decoraron con nombres populares, comprometidos con el gobierno, del mundo del espectáculo o del deporte.

Otro hecho de estas primeras elecciones es que se renovó el 80 por 100 de la anterior Asamblea Nacional. Entre los ausentes están veinte ministros y tres miembros del Consejo de Estado, el máximo órgano de poder en Cuba. De los 475 diputados que quedaron del Parlamento saliente, 94 fueron seleccionados para el próximo. También salieron veinte miembros del gobierno, la mayoría responsables de carteras económicas. Sólo nueve repitieron escaño, entre ellos los ministros de las Fuerzas Armadas, Raúl Castro y del Interior, Abelardo Colomé Ibarra.

Otra señal de remodelación fue el nombramiento del ministro de Exteriores, Ricardo Alarcón, como presidente de la Asamblea Nacional, para sustituir a Juan Escalona, un hombre demasiado comprometido con la línea dura del régimen, que estuvo al frente de los tribunales revolucionarios instituidos a raíz del triunfo de 1959 y fue el fiscal que condenó a los generales acusados de narcotráfico.

Asimismo se colocó a una figura nueva y popular para encabezar la Cancillería, Roberto Robaina, anteriormente secretario general de la Juventud Comunista. Esto iría perfilando una política diplomática, especialmente dirigida hacia un coqueteo con la nueva Administración norteamericana de Bill Clinton y la comunidad cubana en el exilio.

Dólares y cambio de imagen

EN el verano de 1993 se dieron los primeros pasos de la nueva reforma de Castro. Estos «cambios» tenían dos objetivos; uno, remodelar la imagen del régimen para atraer inversores, fundamentalmente en el área del turismo, y dos, legalizar y promover el envío de remesas en dólares provenientes de la comunidad cubana en el exterior, con la despenalización de la tenencia de divisas para la población.

No obstante, internamente, el gobierno declaró que los habitantes de la isla debían pasar «grandes sacrificios» que «significarían la vuelta de algunos privilegios» combatidos por la revolución y que ahora «no se trata de perfeccionar el socialismo, sino de sobrevivir y salvar la revolución» y sus «grandes logros».

El nuevo plan de salvación del Gobierno cubano consistió, más que otra cosa, en pensar que la emigración, fundamentalmente la establecida en la Florida, respondería a la «apertura» viajando a la isla y enviando dólares a sus familiares para sobrevivir al desabastecimiento que contrasta con las surtidas tiendas en dólares que el mismo Estado hace proliferar. Esta sería la fórmula para mantener la revolución, o lo que quedaba de ella. El 26 de julio de 1993, Fidel Castro señaló en Santiago de Cuba que el objetivo de la despenalización del dólar era «hacer que el dinero de los especuladores se convirtiera en una fuente de ingresos, y que las ganancias comerciales por vía de remesas del exterior, inversiones, propinas, turismo, etc., vayan directamente a la economía popular», esto quiere decir a manos del Estado.

Para lograr estos objetivos se aumentaron las mercancías de las tiendas en dólares en un 50 por 100. La reacción fue sencilla: los cubanos que recibían dólares del exterior invirtieron en la economía informal y el mercado negro, haciendo ínfimas las ganancias estatales.

Esta apertura fue acompañada de otro paso en la misma dirección. En septiembre de 1993 se autorizó el ejercicio particular de 177 oficios y artesanías y la venta libre de productos agrícolas. Las condiciones que se requerían para estas actividades eran el pago obligatorio de un impuesto y la prohibición de contratar asalariados.

El Gobierno cubano para completar su estrategia de apertura convocó a finales de abril una Conferencia en La Habana, con el nombre de

«la Nación y la Emigración», en la que se reunieron funcionarios de la isla y alrededor de 200 emigrados cubanos residentes en 27 países, aunque mayoritariamente procedían de los Estados Unidos.

El motivo y la cobertura publicitaria, desplegada por el gobierno fue la de promover por primera vez un diálogo nacional, iniciar el camino hacia la normalización de las relaciones de Cuba con sus emigrados como ejemplo de las medidas aperturistas y el proceso de cambio que promovía el régimen.

Los objetivos expuestos en la conferencia eran examinar las medidas posibles de adoptar para la normalización de los vínculos de estos emigrados con el país, las instituciones y las familias; estimular estas relaciones e intercambios y, sobre todo, alentar las acciones de estos emigrados en el extranjero para aliviar la presente coyuntura histórica, dicho de otra manera, para el cese del embargo estadounidense. En la convocatoria de la conferencia solamente se llamaba a aquellas «personas y organizaciones representativas del exilio», que partiendo de «la condena al bloqueo y el respeto a la soberanía, desean contribuir a la normalización de los vínculos de los emigrados con el país como primer paso para una participación más activa en la vida nacional».

Al término de estos tres días los resultados fueron: el Gobierno cubano pediría a Washington establecer un consulado en Miami para agilizar los trámites migratorios de los exiliados y ampliaría el número de visados anuales. En Cuba se creó un departamento especial dentro del ministerio de Exteriores para supervisar los asuntos relacionados con la emigración.

El Gobierno consiguió que los invitados se pronunciaran contra la política norteamericana del embargo económico, mal llamado bloqueo y por la solución «cubana y sin interferencias extranjeras en los problemas de la isla».

Los pasos siguientes de cara al exterior han sido las continuas declaraciones del ministro de Relaciones Exteriores, Roberto Robaina, acerca de la imposibilidad de un socialismo químicamente puro, la desaparición paulatina de la mención al socialismo por la de defender los logros de la revolución. Igualmente, se ha cambiado el tono, antes virulento, para referirse al exilio. Se ha pasado de la denominación de gusanos a ser llamados emigrados económicos, término en el que se diluye la connotación política de esta emigración, que es la de mayor peso.

Los participantes de este diálogo, elegidos cuidadosamente por el Gobierno cubano, son en su mayoría emigrantes aislados que asistieron a

título personal. Algunas de estas personas mantienen vínculos económicos con el Gobierno cubano a través de los trámites de visados o la organización de viajes a Cuba y otros negocios de igual índole. Por ello y por temor a la manipulación publicitaria, este encuentro tuvo muy poco interés, tanto dentro del exilio como en el interior de la isla donde son otros los problemas.

La situación interna en Cuba es cada vez más crítica con el aumento del malestar de la población y la inseguridad con respecto a las medidas adoptadas. Es un hecho que con la despenalización del dólar se han creado sectores de privilegio, que abarcan aproximadamente a un 15 por ciento de los habitantes, con un poder adquisitivo importante en divisas que, sin embargo, por la rigidez del mercado interno y la falta de liberalización, no se expande a otras esferas de la población.

Los límites del cambio

¿HASTA qué punto está Castro realmente dispuesto a realizar cambios? Sabe que está obligado a tomar medidas para intentar detener la catástrofe de la sociedad cubana. Pero, mientras menos sean y más lentamente mejor, tiene posibilidades de ir ganando tiempo, de retener el poder que se le escapa de las manos. Esto explica su incertidumbre y los constantes inicios y retrocesos de sus particulares «cambios».

La respuesta se hace más clara si analizamos las últimas medidas de este año. Ha quedado de manifiesto que ni las inversiones extranjeras en asociaciones mixtas, ni el flujo de turistas, o las remesas de dinero de los familiares del exterior han podido arreglar una economía en quiebra y mucho menos lanzar un crecimiento económico sostenido. Esta crisis no significa el cierre de unos bancos e industrias, sino la bancarrota total de una forma de Estado, su Administración y el descrédito frente a la sociedad.

El conjunto de medidas más recientes, dictadas el 1 de mayo de 1994, se dirigen a lo fiscal y monetario y muestran la verdadera cara e intenciones del régimen: el inmovilismo y el mayor control de la sociedad. Mayo comenzó con la sesión extraordinaria de la Asamblea Nacional, en la que se aprobaron nuevas medidas destinadas al saneamiento de las finanzas internas y que parecen un calco de aquella primera campaña de austeri-

dad. Esto supone el incremento del precio de algunos productos de consumo y servicios, tales como tabaco, alcohol, electricidad, gasolina, teléfono, transporte, comedores populares, correos; la retirada de la gratuidad de algunos aspectos de la educación, la medicina, el deporte y mayor control de la circulación del dólar, a través de la confiscación de los bienes a los que han especulado en el mercado negro.

El nuevo paquete de «rectificaciones» anunciado por Castro es un intento de reconstruir ciertas bases de la economía de mercado suprimida por el paternalismo comunista. En esta ocasión llegan tarde, puesto que esos productos no circulan normalmente en la población, y sí en la economía sumergida.

Todo esto indica que el verdadero motivo de esta reforma económica va dirigido hacia la eliminación del mercado negro y la dolarización de la economía, única fuente de intercambio mercantil en la sociedad cubana, debido a la deficiente o nula oferta de productos a la población por los canales oficiales.

El excedente monetario se calcula en unos 10.000 millones de pesos que se mueven fuera del control del Estado. Por ello las nuevas medidas se complementan con la total vuelta atrás en el tratamiento de la tenencia de dólares de la población. Nuevamente serán prohibidos, pero los cubanos podrán recibir dólares, que tendrán que cambiar por certificados o un nuevo peso convertible que a su vez tendrá aplicado un impuesto del 25 por 100. Además, se propone un lanzamiento de bonos patrióticos, la inmovilización de las cuentas bancarias de la población y la instauración progresiva de un impuesto sobre la renta.

También se anunció el final de la política de garantizar el empleo y los ingresos a los trabajadores, al declarar que se introducirán los despidos debido a la reestructuración de las capacidades productivas, al tiempo que se redujeron los subsidios por desempleo. Paralelamente a estas medidas de evidente efecto antipopular, Castro ha lanzado otro chivo expiatorio para dirigir el descontento hacia los llamados macetas, que son los individuos acusados de «enriquecimiento ilícito» que controlan el mercado negro, o campesinos privados que venden sus productos libremente, pequeños negociantes artesanos, etc.

Sin embargo, lo que más ha aumentado el descrédito dentro de la población con respecto a estos intentos «aperturistas» de cara al exterior, es que hacia adentro, medidas como la legalización del trabajo por cuenta propia y ciertas formas de iniciativa privada en la producción agrícola,

aprobadas en julio pasado, y aceptadas por la población como una solución y un verdadero signo de apertura han sido rápidamente mediatizadas. Comenzaron a proliferar pequeños locales para la venta de comida, que la población bautizó con el nombre de «Paladares», y que vinieron a canalizar un tanto las remesas de dólares venidas de los familiares del exterior. Al poco tiempo fueron prohibidos por el gobierno y encarcelados muchos de estos «nuevos empresarios», y señalados como los nuevos ricos que una sociedad comunista no puede permitir. En realidad no es más que el miedo de Fidel Castro a formas germinales de asociación e incipiente poder que se puedan enfrentar al suyo.

Para la población, es un cerco que se va cerrando, pues aunque parezcan pocas las tasas a pagar, significa mucho para una economía doméstica en la que hace 35 años los salarios se mantienen estancados, con una media de 150 pesos mensuales, que no alcanza para satisfacer la alimentación familiar. El problema se hace cada vez más grave, porque se está desvinculando totalmente de la realidad el discurso gubernamental de la defensa de las conquistas del socialismo y el pueblo, a la hora de un cambio político, cada vez tiene menos que perder.

El gobierno continúa adoptando estas medidas como la solución de la crisis de la economía cubana, cuyo déficit alcanza los 3.200 millones de pesos. Pasando por alto la realidad de que la crisis es institucional, con los agravantes de la carencia de estímulos a la producción y la total depreciación de la moneda nacional.

Consideraciones generales

LAS medidas anunciadas por el Gobierno cubano para sanear las finanzas internas y reconstruir la economía habrían tenido quizá algún efecto en circunstancias socialmente muy distintas, ya que estas medidas, por su naturaleza, requieren para su realización la colaboración y un alto grado de respaldo político que hoy el régimen no tiene. Lejos de esto, la gran mayoría coincide en el repudio al liderazgo político del país como el causante de todos los males. Ya Castro ha puesto en marcha en diferentes momentos experimentos como el mercado libre campesino, los pequeños negocios, y otros que han sido eliminados con la consiguiente acusación de enriquecimiento ilícito.

Esta vez algo ha quedado. Los cubanos saben que con la liberalización pueden salir de la crisis y mejorar su situación. Cada vez que se ha abierto la compuerta han fluido, como el agua, las nuevas ideas. Todas estas ideas giran en torno a la pequeña iniciativa privada que luego el gobierno reprime con la amenaza de confiscación, lo que ha creado una atmósfera de miedo e inseguridad. ¿Por qué pasa esto? Ya nadie se lo explica. El mito de defender las ventajas del socialismo se ha derrumbado. Se ha esfumado el mito de que el suministro racionado era una expresión de que todos tenían asegurado un mínimo igualitario de supervivencia, cuando ya la libreta de racionamiento suministra mucho menos de lo imprescindible; el pleno empleo también ha desaparecido, la potencia médica o el consumo de calorías ahora están en parámetros inferiores a 1959.

Pero no estamos ante una reforma real, sino frente a un régimen desesperado por retener el poder, que, en progresiva desintegración, va dando tumbos por sobrevivir. El principal obstáculo para la superación de la crisis cubana es la ausencia de cambios políticos que transformen las inoperantes instituciones que llevaron al país a esta situación.

Lo más grave es la continua degradación que ha experimentado la población en su calidad de vida. Desde 1989, el producto social se ha contraído en un 45 por 100 y más de la mitad de las fábricas están cerradas. Los jóvenes sólo buscan una salida en el mar. En 1993 el número de cubanos que alcanzó las costas de la Florida llegó a 3.646, un récord comparado con los 2.500 del año anterior. La única manera de sobrevivir a la difícil situación es delinquiendo y recurriendo al mercado negro, donde reina el dólar. Pero los cubanos tienen prohibida la iniciativa privada y Castro hoy donde dijo digo dice Diego y encarcela a aquellos que confiaron en su juego de apertura.

Ahora, ante tantos fracasos, el régimen ha vuelto a la fantasía numantina de resistir, aunque ya no se menciona el discurso de la defensa del socialismo, y la retórica nacionalista ha tomado su lugar, con Castro como único defensor del bien de la Patria, con mayúscula y nuevamente acusa de todos sus males a los EE.UU. y el embargo que mantienen sobre la isla. Fidel Castro desde la tribuna pide sacrificios, pues éstas son pruebas que el destino le impone a la revolución, y no él mismo y su obstinada incapacidad para evolucionar, capaz sólo de generar miseria.

El pronóstico ya no es muy difícil. Mientras siga la crisis, Castro no puede detener el proceso de reformas, no le queda otro remedio. El pro-

blema grave es la lentitud con que lo haga, que puede llevar a estallidos sociales violentos. La situación cubana presenta cambios tan inesperados e inusitados que hacen envejecer rápidamente cualquier tesis. El final, violento o pacífico, tendría que ser cuando verdaderamente los cambios institucionales den cabida por igual a todos los cubanos de dentro y fuera. Por buscar un símil histórico, esto será a la manera de Galileo Galilei ante el tribunal de la Inquisición: la Tierra no se mueve, pero se mueve, dicho esto último entre dientes.